

BOOMERANG

Por Julián Aguirre

El señor García Margallo adopta una pose magistral para ilustrarnos sobre la distinción entre inmigrantes y refugiados. ¡Ea, ya podemos respirar tranquilos! Ahora nos desayunamos de que el derecho internacional asiste a los que huyen de la guerra mejor que a aquellos otros que vienen movidos “por la codicia” (en palabras de un insensato político inglés) buscando una vida mejor.

Comenzó a contaminarse de “élites extractivas” sin más característica que la irresponsabilidad. Pero como siglo y medio después se descubre que las reservas de petróleo no son infinitas, hay que buscarlo (atracarlo) en otros países. Siria, después de Irán, es el que las tiene mayores en todo el Oriente Medio. Por lo tanto se convierte en un país apetecible además de magníficamente situado desde el punto de vista estratégico. Ya tenemos servida la guerra. Al calor de las primaveras árabes de Egipto y Túnez, se enciende la mecha en marzo de 2011 con la rebelión de los suníes contra la mano de hierro de Bachar Al Asad, dictador chiita que, como su padre, como todos los dictadores (que nos lo cuenten a nosotros) no respeta la vida de sus conciudadanos. Rusia y China, junto con Irán, le prestan su apoyo por interés estratégico, ya que la única base militar rusa en el Mediterráneo está en Siria. Así, todas las propuestas de intervención de la ONU chocarán sistemáticamente con el veto ruso. Y en el lado contrario, EEUU y Arabia Saudí apoyan a los rebeldes hasta que entre ellos aparece la demoledora versión yihadista del Estado Islámico. ¿Resultado? Lo estamos viendo. Cuatro años de guerra civil destruyen a cualquier país. España sólo necesitó apenas tres. Y lo mismo que en enero de 1939 salían de aquí familias enteras de republicanos huyendo de las tropas franquistas tras la caída de Barcelona para buscar en Francia el cobijo que de hecho se les negó, afrontando las condiciones más terribles que un ser humano puede encontrar después de una guerra de exterminio, la historia se repite en el otro extremo del Mediterráneo donde los intereses económicos y geoestratégicos hacen inviable la existencia de su población.

Es importante no olvidar que el armamento del que se nutre esta guerra no se fabrica ni se comercializa en Siria, sino en los países exportadores de armas, a cuya cabeza figura EEUU, seguido de Rusia, China, Alemania y Francia. Sólo cuando Al Asad amenaza con el uso de armas químicas salta la alarma y se encienden todas las luces intermitentes avisando del peligro de conflagración mundial. Hasta Australia se suma a los bombardeos contra el Estado Islámico, lo que demuestra que este conflicto no es local o regional ni mucho menos.

Nuestros mandatarios occidentales nos muestran ahora un rostro empático para que olvidemos su participación directa o indirecta en el inicio del problema. Los más inteligentes sabían que aquel apoyo a un bando y luego al contrario funcionaría como un boomerang que tarde o temprano terminaría golpeándonos, pero ninguno tuvo el valor de plantarse y decir basta antes de que fuera demasiado tarde. Cobardemente alegaban intereses nacionales. En la guerra siempre hay intereses nacionales, expresión intencionadamente ambigua con visos de patriotismo económico.

La realidad es que la gran familia humana, tan maravillosamente organizada según los entusiastas del liberalismo, emite de vez en cuando desgarradoras señales de alarma. Cuando el abuso de superioridad traspasa la línea de lo humanamente soportable, el vaso se derrama. Y es lo que está sucediendo con la crisis de los refugiados sirios.

El origen de la mayoría de nuestros males radica en el descubrimiento que tuvo lugar en Titusville, Pensilvania, el 28 de agosto de 1858: ¡Petróleo! A partir de entonces la Tierra comenzó a contaminarse de “élites extractivas” sin más característica que la irresponsabilidad.

“Las tragedias humanas -escribe Milagros Pérez Oliva- se suceden a un ritmo tan vertiginoso que nos sitúan al límite de nuestra capacidad de asimilación”.

Solo cuando la conciencia nacional abarque a la totalidad de los pueblos del mundo y cuando el conocimiento del otro lado de nuestras inútiles fronteras nos permita superar la fatídica ecuación de “extranjero = enemigo”, solamente entonces habremos esterilizado la semilla de la guerra. Pero para entonces, los intereses económicos tendrán que haber cambiado de acepción. Se entenderá por auténtico interés el respeto escrupuloso a la vida de todos los seres humanos que para entonces no hayan sido torpemente aniquilados. Se asomarán nuestros futuros descendientes al abismo de destrucción total en el que estuvimos a punto de precipitarnos por un entendimiento obtuso y cortoplacista del interés económico. ¿Cómo pudieron entender nuestros ancestros -dirán con asombro- que para vivir cómodamente en unos países era inevitable machacar a otros?, ¿por qué no aplicaron aquella ciencia de la que tanto blasonaban a encontrar la forma de encajar el rompecabezas de los intereses multilaterales?

Mientras la Organización de las Naciones Unidas adolezca de la debilidad que representan los vetos de los países fuertes, no habrá forma de evitar tajantemente las guerras y por lo tanto las masas de personas inocentes que tuvieron la desgracia de nacer encima de un polvorín, no tendrán más remedio que buscar algún lugar donde poner a salvo sus vidas y las de sus hijos. Más de ciento cincuenta mil han caído hasta el presente en Siria bajo las bombas que se fabrican con nuestros impuestos. Gesticular ahora aparentando que somos muy hospitalarios al recibir a quienes huyen de ellas, dice más bien poco de nuestro nivel de información o de nuestra sinceridad. No se trata de solucionar problemas, sino de no crearlos. Toda nuestra energía debería concentrarse en exigir contundentemente a los mandatarios de nuestros países que no se entretengan tanto en paliar los efectos de la guerra como en cortarla de raíz. Porque nuestros intereses nacionales se defienden a medio y largo plazo sin atacar a los de nuestros vecinos. ¿Es esto tan difícil de entender? El esfuerzo verdaderamente diplomático ha de partir necesariamente de la convicción de que todos los pueblos tienen derecho a existir dignamente.

Pero el colmo del anacronismo estriba en el ingrediente de intolerancia religiosa que desde el principio caracteriza a este conflicto. Que dos confesiones islamistas se odien a muerte no tiene que escandalizarnos en exceso a los cristianos que tanto en el siglo XI como en el XVI regamos de sangre los campos de Europa defendiendo contra los “infeles herejes” nuestra propia caricatura religiosa entreverada a su vez de intereses económicos nacionales. ¿Hemos avanzado mucho? No parece. Al revés: la verdadera codicia de controlar tanto las reservas de petróleo como las líneas de suministro nos hacen rehenes de un progreso inconciliable con la paz. Aquel líquido viscoso que brotó hace poco más de ciento cincuenta años de las rocas de Titusville ha cumplido ya su bendita aportación al progreso humano, pero, al convertirse en el pedernal del que salta la chispa de la guerra, está pidiendo a gritos ser sustituido por otras fuentes de energía compatibles con la naturaleza y con la paz.

En todo caso no parece muy fundada la impresión de haber alcanzado la cumbre del progreso científico si todos los días la televisión nos brinda el espectáculo de la crueldad y de la desunión entre las naciones que, movidas por su mala conciencia, regatean escamoteando la carga de la solidaridad al tiempo que presumen de ser generosas cuando acogen a quienes ellas mismas desarraigan con sus propias bombas.



Julián Aguirre
14-09-2015